

AMOR EN LAS ISLAS

AMOR EN MALLORCA, EN LAS ISLAS... LA BELLEZA DE UNA MUJER ENVUELTA EN LA BELLEZA DEL PAISAJE. Y ALBERTO, QUE QUERIA HACER VIAJE DE "IDA Y VUELTA", VUELVE: VUELVE... OTRA VEZ A "IR"...

La conoció en una fiesta íntima, en casa de Alberto Bauzá. La mujer de éste, joven, simpatísimas, había organizado aquella reunión casi en honor de nuestro hombre.

Julio Garcés había ido a Palma creyendo que sólo permanecería allí unos días. A Bauzá, capitán de Ingenieros, que durante la guerra le había tenido a sus órdenes de oficial en Transmisiones, le debía el haber sido llamado para montar aquella magnífica estación de radio en la ciudad balear.

Alicia, la mujer de Alberto, se había empeñado, entre veras y bromas, en poner al alcance de sus amigas solteras aquel estupefacto partido: menos de treinta años y uno de los mejores ingenieros de telecomunicación de España. No con otro objeto había organizado aquella fiestecita.

Y allí conoció Julio a Rosario Amengual.

Lo cierto es que él no había ido a la reunión de muy buena gana. Tenía novia en la Península, y se lo había repetido, inútilmente, a Alicia. Él estaba dispuesto a dejarse exhibir a aquellas muchachas, si eso podía divertir las; procuraría distraerlas, resaltarles ameno y simpático. Sin embargo, adivinaba que a las chicas les tendría sin cuidado la reunión si supieran que él era hombre cazado ya en las redes del amor. Así, pues, ¿no era en vano todo aquello?

Pero la mujer de Alberto no se daba por vencida:

—¡Vamos; tú no conoces a las muchachas de Palma! Algunas amigas que te han visto por la calle con nosotros están interesadísimas por conocerte. Vendrás a la fiesta; no me hagas quedar mal. Mucho ojo con decir que tienes novia; deja a las chicas con su ilusión. Y por muy enamorado que estés ya de tu peninsular, ¡ten cuidado!

Cuando le presentaron a Rosario Amengual y entre las sonrisas de Alicia a su marido, bailó con ella varias veces seguidas, recordó aquel consejo.

Posiblemente no había conocido en su vida una mujer con tal aire de suave simpatía, de mirada más limpia y dulcemente expresiva. Rosario era rubia, y en el fondo de sus ojos verdes parecía esconderse la brillante luz de su cabello. Florecían sonrisas claras en su boca de labios delgados, sobre la redonda barbilla recogida y graciosa.

Charlaron mucho ambos aquella noche. Ella llevaba en el pecho un fetiche dorado, con un lindo motivo: una mano oprimiendo un corazón. Ella satisfizo la curiosidad del ingeniero explicándole que aquél era el escudo de Manacor, donde ella había nacido.

—Manacor es muy bonito. ¿No lo conoce usted?

—No... Pero tengo que visitarlo, sin falta, antes de regresar a Madrid.

Se tutearon. Él contó cómo los pocos días que al principio creyó bastarían para realizar allí su misión, se habían ido alargando a la espera de recibir material extranjero de adquisición difícil.

Y aseguró, con tono sincero, que ahora desearía tener que estar en Palma muchísimo más tiempo aún.

Cuando llegó al hotel, acabada la fiesta; encontró en su cuarto, como cada noche, una carta de Ana María, la novia lejana, que anhelaba su vuelta, y salvaba entretanto la distancia con diarias cuartillas de picuda letra.

A diferencia de las otras noches, Julio dejó el contestar la carta para el día siguiente.

Excursiones a Manacor, a Valldemosa, al Drach... Aguas de Pollensa. ¡Ay! Y la primavera eterna y el encanto de las Islas.

Nunca hablaron de amor. Engañándose un poco a sí mismo, Julio se disculpaba así, cuando en su conciencia la tenue voz de algún remordimiento surgía acusadora. Eran amigos, sólo amigos...

Pero ¿era necesario hablar de amor? Esto habría que preguntarlo a los largos silencios que llenaban sus horas de paseos. Habría que indagarlo en el fondo luminoso de los marinos ojos de Rosario, en el tenue temblor con que a veces vibraba la suave piel de su garganta.

Tal vez pudiera también decir algo el tono, apagado y casi rutinario, de las diarias cartas de Julio a Ana María.

Y un día se acabó el montaje de la estación radiotelegráfica. El trabajo del ingeniero Garcés estaba ya realizado. Había que regresar a la Península.

La última vez que estuvieron juntos, en la charla de la despedida, fueron a pasear al borde del mar. Rosario llevaba al pecho, sobre la alegría primaveral de su vestido, el lindo fetiche que tenía la noche en que se conocieron. Manacor significaba aquello mismo: la mano al corazón, el corazón en la mano.

—Cuando no estés aquí, siempre que yo mire hacia el mar, estoy segura de recordarte.

(¿Quién ha llamado ridícula y vacía esta palabra, «siempre», la eterna palabra del amor?)

Andando lentamente, con un deseo común e inconfesado de alargar aquellos instantes últimos, de retrasar el momento final del adiós, fué Julio acompañándola hasta su casa. Había anochecido ya, y mientras andaban, en la inicial penumbra del crepúsculo, sus manos, unidas, tejían un rápido y silencioso diálogo de latidos apresurados.

Y ante la casa, al fin, en las manos de Julio las manos de ella, adivinándose los ojos todo lo que nunca dijeran los labios:

—¿Piensas volver?

Fueron las únicas y últimas palabras. Tras pronunciarlas, soltando bruscamente sus manos, ahogando un sollozo y murmu-

Nunca hablaban de amor.
Eran sólo amigos, amigos...

